

El Informe MacBride: su huella en Cataluña

Miquel de Moragas

El vigor con el que se siguió el debate y la aprobación del Informe MacBride (1976-1980) contrasta fuertemente con la rapidez con la que se archivó o, mejor dicho, con el éxito que tuvieron las presiones para silenciarlo a escala mundial. La idea de un nuevo orden mundial de la información y las propuestas de construir políticas de comunicación, a favor del desarrollo y la democratización, fueron apartadas rápidamente bajo acusaciones de intervencionismo y obstaculización de la libertad de información. La Unesco, afectada por la retirada de Estados Unidos y el Reino Unido, incorporó este silencio a su propia política de comunicación.

Por el contrario, el período posterior a MacBride, lejos de ver enterrar las políticas de comunicación, coincidía con una revitalización de estas políticas en los países más desarrollados del mundo. En Europa coincidía con el proceso de privatización, tanto de la televisión como de las telecomunicaciones y con los primeros pasos hacia una nueva política de sociedad de la información. Estados Unidos, por su parte, una vez neutralizadas, en gran medida, las voces críticas que cuestionaban su hegemonía en el sector de las industrias culturales y de la información, se aseguraban el liderato del sector de las nuevas tecnologías, impulsando nuevas políticas publicitadas por el vicepresidente Al Gore con el eslogan de “autopistas de la información”.

Las críticas al Informe MacBride habían conseguido el silencio de la Unesco respecto a un nuevo orden, más equilibrado, de la información, lo que coincidía, precisamente, con una nueva fase de las políticas de comunicación: la de las estrategias (americanas, europeas y japonesas) para

situarse en la mejor posición posible del nuevo proyecto de la sociedad de la información.

¿Quiénes fueron los grandes perdedores de todo aquel proceso? Sin duda los países más pobres, los que tenían más dificultades para poder implantar políticas de comunicación a favor de su desarrollo socioeconómico y de su democracia.

Recordar hoy el Informe MacBride equivale a volver la mirada hacia las necesidades de las naciones y regiones que no sólo no han resuelto sus problemas de desequilibrio, sino que han visto cómo aumentaban con la expansión de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. En este sentido, se echa de menos un mayor protagonismo y una posición más resuelta de la Unesco en la nueva fase que representa la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información —organizada por la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT)— que se clausurará este mismo año (2005) en Túnez.

Estados y naciones en el Informe¹

El paso del tiempo ha ido poniendo de manifiesto las dificultades de aplicación de las propuestas del Informe MacBride, pero también ha dejado entrever alguna de sus principales lagunas. Entre éstas encontramos una que, desde Cataluña, parece más evidente: la ignorancia del informe respecto de las culturas minoritarias y de las naciones sin estado del mundo, aunque con una importante excepción: su defensa de las lenguas como expresión de la diversidad cultural. El nuevo flujo informativo que reivindicaba el Informe MacBride se refería exclusivamente a los estados, sin considerar la relevancia de otros espacios de comunicación, cuestión que aún hoy sigue pendiente cuando nos referimos a la política de comunicación europea.

Miquel de Moragas

Director del Institut de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona (Incom-UAB)

No obstante, el Informe MacBride tuvo una importante repercusión en Cataluña y sobre sus políticas de comunicación.

El informe —y sus propuestas para las políticas de comunicación— había puesto de relieve que el libre mercado era incapaz, o por lo menos insuficiente, para hacer efectivos los ideales democráticos de diversidades y de participación.

En Cataluña las posiciones neoliberales más radicales se vieron cuestionadas por una óptica especial: la convicción de que la identidad y la lengua catalanas eran inviables desde el único y estricto marco de la libre competencia comercial. La supervivencia de la identidad cultural implicaba, por tanto, que fueran necesarias las políticas de comunicación. La iniciativa privada, el voluntarismo, habían sido unas herramientas sustitutivas con las que la sociedad civil catalana había afrontado la dictadura franquista. Pero entonces, con la transición política a la democracia y la recuperación de las instituciones catalanas, resultaba más evidente que las instituciones públicas debían impulsar las nuevas políticas de comunicación, procurando la democratización, el desarrollo cultural y la normalización lingüística.

En este sentido podemos evocar y valorar el nacimiento, poco después del Informe MacBride, en 1983, de la televisión catalana (TV3), y su opción por un modelo de televisión pública plenamente competitiva. Se entendía —idea básica de las políticas de comunicación— que a la delimitación de un espacio político y cultural debía corresponderle un espacio de comunicación y que este espacio no lo garantizaba únicamente la intervención del mercado.

La opción catalana por una televisión pública no siempre se ha valorado suficientemente, y para hacerlo debe recordarse el contexto histórico: la aprobación del Informe MacBride, en 1980, había determinado, también en Cataluña y España, una dura campaña crítica de las posiciones liberales más radicales, con una amplia repercusión en la prensa, movida por sus propios intereses empresariales en un momento de transformación multimedia. El contexto mundial no era entonces el más favorable a las políticas públicas de comunicación. Múltiples voces se manifestaban contra la intervención del sector público en los medios de comunicación. Se ponía en tela de juicio la legitimidad democrática de estas políticas con

farsas como que “la mejor política de comunicación es la que no existe”. La memoria del franquismo (época de censura y de estricto control de los medios) se evocaba como argumento (democrático) contra las políticas de comunicación.

Influencia actual en Cataluña

La huella del Informe MacBride puede verse, aún hoy, en distintos aspectos del modelo catalán de comunicación.

La influencia se inició en los ámbitos académicos, para dejarse oír, posteriormente, en los sectores profesionales y políticos. En este sentido hay que valorar el papel mediador de la universidad. Determinados conceptos que hoy son habituales en el lenguaje parlamentario y periodístico, como *espacios de comunicación, políticas mediáticas, regulación democrática, convergencias comunicación-cultura, etc.*, son conceptos nacidos del debate y la reflexión académica posterior al período MacBride. Aun más, la idea —y valoración— de las *políticas de comunicación* como factor clave de la democracia y de la identidad cultural puede interpretarse, cuando menos en parte, como una herencia de aquel debate.

Las propuestas de regulación democrática de los medios, tanto por lo que respecta a instituciones públicas como al Consejo del Audiovisual de Cataluña (CAC) (www.audiovisualcat.net/), u otras instituciones profesionales de autorregulación, como el Consejo de la Información de Cataluña (CIC) (www.periodistes.org/cic/), pueden interpretarse como frutos tardíos de aquellas influencias.

El Informe MacBride revitalizó la idea de espacios culturales y de comunicación, concedió importancia al equilibrio de los flujos, reconoció el derecho a la autoimagen y a su difusión, defendió los derechos de los periodistas, e hizo referencia a la necesidad de consenso e independencia de las autoridades reguladoras. Conceptos, todos, que en Cataluña se proyectarían fácilmente hacia la construcción de políticas nacionales de comunicación.

Otra de las contribuciones que recibió Cataluña del informe fue la necesidad de plantear el debate sobre la comunicación en un contexto internacional. Así, el contraste entre la reivindicación de identidad catalana y la perspectiva

internacional del Informe MacBride facilitaron que Cataluña avanzara hacia la comprensión de aspectos clave de la comunicación y la cultural modernas. La experiencia de Cataluña no debería interpretarse como algo aislada —y menos como marginal o intrascendente—, sino más bien como un ejemplo paradigmático de la dialéctica moderna entre lo global y lo local.

Futuro

Toda esta experiencia puede ser beneficiosa ante las nuevas etapas que se abren con las actuales convergencias entre diversas políticas hasta ahora autónomas: las telecomunicaciones, la cultura, la comunicación y, en general, la economía y el bienestar social.

Las instituciones de comunicación catalanas, también las universidades, deberían recuperar el espíritu MacBride en el nuevo marco europeo para favorecer nuevas políticas de cooperación, no tan dirigidas a la competitividad como a la búsqueda del equilibrio mundial, cada día más dependiente de la comunicación.

Nota

- 1 El autor se refirió por primera vez a estas cuestiones en: Miquel de Moragas, “Catalunya i el Nou Ordre Mundial de la Comunicació”, *Revista de Catalunya*, número 2, noviembre de 1986, (páginas 22 a 33).